

Esplendor y agonía del Cristo de los Mineros de los Mineros

La Unión dejó perder, por razones que debieron resultar ciertamente poderosas pero que uno no llegó a entender nunca del todo, un de las más impresionantes y emotivas procesiones de nuestra Semana Santa. Anda a las claras que acabo de nombrar el cortejo pasionario

En su libro «Murcia, fiestas y festejos», Carlos Valcárcel escribe: «En La Unión, ciudad en que se respira la brisa marinera pero en la que la mina imprime carácter, hubo en su tiempo una brillante Semana Santa». Dentro de aquella Semana Santa, la procesión del Cristo de los Mineros (antigua escultura de Jerique, procesionada primeramente por el Cuerpo de Bomberos de La Unión, que la costeó) llegó a convocar la atención de propios y extraños, provocando interesantes páginas de aquellos escritores que, al paso del cortejo, quedaron prendidos de su belleza plástica, por cierto espléndidamente recogida fotográficamente en la conocida obra «Murcia», de «Destino», firmada por José Vicente Mateo. Así, por ejemplo, José Luis Castillo - Puche puede hablarnos del paso de la procesión por calles unionenses que al escritor le recuerdan las de algunas «ciudades al borde del Pacífico, como Guayaquil, Cali o la misma Cartagena de Indias», ofreciéndonos en su vigorosa pluma el solemne desfile del Cristo por estas calles, «alumbrado por los típicos carburadores y acompañado por todo el mundo que tuvo, tiene o no deja de tener, aunque sólo sea por vía de la nostalgia, algo que ver con el mundo del barreno y del ron en vaso de cristal de culo de cinco centímetros...».

Por su parte, María Cegarra Salcedo escribe en su «Procesión de procesiones»: «La procesión del Cristo de los Mineros es un grabado en roca, a golpe de mazo, de firmes y pronunciados relieves. La mina y el dolor del Crucificado. Una armonía que nace del trabajo penoso, heroico, y del Drama de la Pasión... Aquí los cirios son minerales —¡qué lejano el sol, la cera entre mieles!—, piedra que destila luz, que sublima fuego, para velar a Jesús; carburadores de la mina, en procesión, formando galería, con el cielo por techumbre. Para tan



inmensa tragedia, inmensa fortaleza».

Y Pedro Pedreyo Pagán en sus «carburos en la noche»: «Todo es vibrante y sobrecogedor. Como un gemido. Y la ciudad, doliente, cierra sus ojos amarillos y se viste de tinieblas. En la noche del

Jueves Santo el templo es la gran colmena de Dios. Dentro, los barrenos sin humo de los tambores retumban en las galerías blancas, en la bóveda multicolor. Son el péndulo de un tiempo en agonía. En la plaza, las luces de los carburadores revolotean como luciérnagas locas...».

Y la voz del trovero en el verso de Angel Roca:

**Van bajando en aluvión,
desde la cúspide al llano,
a ofrecerle una oración
con el carburo en la mano
los mineros de La Unión.**

«Alivia la carga que nos oprime —solicita en su «Plegaria minera» Juan Sánchez Perelló—, haz que triunfemos en la pelea para que sea entre nosotros la paz y la justicia de tu Reino. Atiende, Señor, la súplica que lleva consigo esta plegaria que sale fervorosa del fondo de nuestras almas en esta noche pasionaria y minera».

Y todavía, el eco de la saeta:

**Carburos de dos en dos,
de cuatro en cuatro luceros,
van alumbrando en La Unión
al Cristo de los Mineros
que pasa en la procesión.**

Ultimamente se proyectaba ampliar el cortejo con la incorporación de una Dolorosa, de Sánchez Lozano, bajo la advocación

del Cristo de los Mineros, que, reducido hoy a una modesta aunque muy devota procesión penitencial, desfilaba con sus luces de carburo, tercios de capirotos, símbolos y herramental mineros, cruces de guía, estandartes, bandas de música, orfeón, etc., la noche del Jueves Santo.

de Nuestra Señora del Rosario en sus Misterios Dolorosos, fiado el proyecto precisamente en la evidente devoción popular a la Patrona de la ciudad, la Virgen del Rosario. No pudo, por supuesto, llevarse a cabo.

Aquella, resumimos, era una hermosa procesión que, cuidada y enriquecida con nuevas aportaciones, hubiese podido constituir, hermanada de algún modo y en

Cristo de los Mineros, de La Unión. Escultura de Jerique.

un terreno distinto con el Festival Nacional del Cante de las Minas (veinte versiones ininterrumpidas); otra importante faceta de nuestro acervo religioso popular, hoy por hoy imposible a todas luces.

ASENSIO SAEZ

UNA SEMANA SANTA SIN PROCESIONES

Echar a la calle las procesiones fue un verbo de veras decisivo en la historia de la ciudad del cante de las minas.

La liturgia callejera y espectacular de la Pasión arraigó aquí con tan profundos cimientos que, a lo largo de la historia ciudadana, las procesiones de Semana Santa vienen a constituir hitos con los que se cuentan seriamente, sin los cuales la impronta personalísima de La Unión perdería parte de sus destellos y prestigios. Detalles «suigéneris», anécdotas singulares, nombres como los Gutiérrez o los Garvilladores que impulsaron económicamente nuestros desfiles pasionarios, intervienen como protagonistas en el recuerdo de las más viejas procesiones de La Unión, «ciudad de Semana Santa», en el que un gusto por lo exuberante y barroco del exceso, en una palabra— venció siempre sobre el propio espíritu penitencial de los días sacros. Culpa del sol, del aire, de los alegres horizontes con dos mares a nuestra disposición, del clima que hace florecer, en los primeros días de enero, como en una acuarela, a los almendros...

Se impuso, así, desde el principio, una propensión hacia lo espectacular en los tronos en cuyas esquinas se levantaban gigantescas cartelas —candelabros de copiosas luces—, racimos de tulipas de las que colgaban infinidad de prismas de cristal tallado, con iluminación de acetileno; una afición por lo pomposo y suntuario que reclamaba el bordado en mantos y estandartes, la exageración en el exorno de los tronos hasta convertirlos en auténticas pirámides de flor...

Por las calles de Numancia, Real, Quevedo, plaza de los Benzales, Mayor..., desfilaba completa colección de imágenes, debida a la gubia de Sánchez Araci y Roque López. ¡Qué grácil estampa la de la Samaritana de este escultor, en su trono de alhelles blancos, exhalando el aroma inconfundible del Miércoles Santo. Con la Samaritana, completando la procesión de este día el Prendimiento, con su olivo real, simulado; San Pedro, San Juan, la Virgen de los Dolores... Jueves Santo por la noche, la procesión del Silencio. La de la calle de la Amargura, el Viernes Santo, por la mañana. Noche cerrada, la del Santo Entierro, con el «Señor de la Cama», bajo rica colcha recamada; la Virgen de la Caridad, San Juan, la Soledad, el Cristo de los Bomberos, luego denominado de los Mineros... Del Llano del Beal, del Estrecho de San Ginés, de Alumbres, de Portmán, de Roche, del Algar, de la misma Cartagena, arribaban hasta La Unión verdaderas riadas de espectadores que, apiñándose a lo largo del larguísimo itinerario procesional consumían toneladas de caramelos.

Así, hasta 1927, en que se cierra el ciclo semanasantero con la decadencia de la sierra. Cada Viernes Santo las imágenes de San Juan y la de la Dolorosa, luciendo sus mejores galas procesionales, pasaban a la

capilla del Crucificado, para presidir el sermón de las Siete Palabras. En 1936, la guerra civil no dejó tífere con cabeza. Tronos, imágenes, tónicas, enseres procesionales, se convirtieron en pavesas. Para cartarlo, quedó el hermosísimo Crucificado, obra de Jerique, patética escultura que hoy se continúa procesionando en un modesto pero realmente devoto desfile penitencial, alumbrado por luces de cera.

Resucitados en 1945, La Unión no logró encontrar del todo, sin embargo, la propia hechura personal en sus desfiles pasionarios. A la mano andaban dispuestos los elementos esenciales para unas auténticas procesiones «mineras». Para una Semana Santa genuinamente unionense, desafortunadamente no aprovechados. Desaparecidas totalmente hoy, puede decirse que las procesiones de La Unión en su última etapa pasaron a mejor vida sin hallar su apetecida fórmula personal.

Es posible que, contando con las actuales circunstancias, las procesiones de La Unión no vuelvan a salir a la calle, pasando a ser sólo un nostálgico recuerdo, cada vez más desvaído, en la memoria. Nadie podrá, sin embargo, despojar a La Unión de su entera fidelidad a las procesiones de Semana Santa, de las que gustó enamoradamente, apasionadamente, procesiones que entran en la historia de nuestra ciudad como una importante manifestación de espiritualidad, de arte, y, lo que es más importante, de indudable fervor popular.

ASENSIO SAEZ

